

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Morir de cine

Autor/es:
Alopilarius

Citar como:
Alopilarius (2002). Morir de cine. La madriguera. (46):78-78.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42057>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



EL VIEJO TOPO

Logré ver *Atlantis* (Gary Tousdale; Kirk Wise, EEUU, 2001) el 27 de diciembre del pasado año, con un par de preciosas pequeñas y con mi cuñado Emilio, en Logroño. O, por mejor decir, fui a verla a los suburbios –también llamados extrarradio– de la muy noble y muy leal ciudad mencionada. Porque, en rigor, en la capital de La Rioja (más de 110.000 habitantes) no hay cines. Ninguno de los cines de mi infancia –el Frontón, el Diana, el Sahor, el Avenida...– sobreviven. De hecho, no sólo se han volatizado los cines que festoneaban aquella rancia ciudad cuasicastellana o semivasca, sino que, para ser más exactos, *cines*, los que yo conocí como *cines* ya no hay ni siquiera en los arrabales últimos de la ciudad.

Un sucedáneo miniaturizado y multiplicado como una ameba de aquellos *Palacios* –que a los chavales de hoy parecerán antediluvianos– se radica, en la actualidad, a la desangelada vera de una autovía, y se conocen como *Golem*. El cómico edificio que alberga las numerosas salas podría haber sido edificado, con idéntica propiedad, en Las Vegas o en Sebastopol. El lívido suelo de gres y los tristes casetones del techo donde anidan algunas luces alógenas, son lo menos irritante del local. En las paredes se ha entreverado concienzudamente el agresivo color butano con un saturado azul marino, y no faltan largas vigas de un rojo rosáceo que atraviesan aparatosamente el vestíbulo.

Accedí a tan hospitalario y flamante tabuco tras sostener arduamente más de un cuarto de hora interminable de cola en los páramos aledaños, con un frío exsoviético. Todos los clientes, al parecer, debían soportar similar calvario, quisieran gozar de la mágica *Harry Potter* o de la menos popular *Sin noticias de Dios*. En cualquier caso, la probabilidad de lograr ver *Sin noticias de Dios* era mucho más remota, pues si se consultaba la cartelera del día anterior en *La Rioja* (venerable periódico de la zona) no se obtenía la información adecuada de la hora.

En palabras de la amable señorita que expedía las entradas, los horarios eran sometidos a un auténtico baile de sambito, y donde ayer dije digo, hoy digo Diego.

Ante tales circunstancias, compré man-

que decir sobre esta tozuda e intemporal narración ni de sus consabidos temas subalternos, salvo que la *troupe* que acompaña al héroe es excesiva: demasiados personajes, sin tiempo para desarrollarlos. Pre-



samente cuatro entradas para *Atlantis* (3.600 pesetas; las últimas *pesetas* que me gastaré en el cine) para la siguiente sesión y esperé durante más de una hora atorado en la cafetería a que diera comienzo el espectáculo de Disney y a que llegaran las niñas y Emilio.

Finalmente abducido por el soñador ambiente de la breve y pletórica sala, acunado por un rumor tierno e incesante de palomitas, vi cómo irrumpían en la pantalla los más brillantes colores. Comenzó la aventura con un vertiginoso episodio de ciencia ficción, con copia –en el doble sentido de la palabra– de efectos especiales, pero luego resultó que la peli nos retrotraía a 1914. ¿Y eso? En fin, ello daba pie a una vistosa descripción de época de lo más camp. Muy sumariamente, la historia describe el traslado de un emprendedor jovenzuelo a la mítica Atlántida donde pasa lo que pasa siempre: se vence a los malos, se obtiene el tesoro y se conquista a la chica.

No se me ocurren muchas más cosas

guntándome sobre el porqué de este aparente error, llegué a una conclusión bastante plausible. La Factoría Disney lanza *Atlantis* como prólogo a una inagotable serie videográfica y televisiva, con lo que este largometraje apenas plantea *in nuce* lo que será un producto mucho más prolijo y rentable que se explotará en otros ámbitos. En estas circuncias, ¿qué diablos hacía yo tan puntualmente en los *Golem*? ¿Tendría algo que ver esta experiencia de las niñas con la mía cuando vi, más o menos a su edad, *The Jungle Book* (*El libro de la selva*, Disney, 1967)?

Lo mejor era preguntárselo. Así que les interrogué sobre si les había gustado. Hubo acuerdo básico, aunque con disparidad de opiniones. Ambas convinieron en que les había gustado. Carlota (4 años) enfatizó: "Me ha gustado más que *Harry Potter*". Pero Valeria (8 años) ponderó: "Pues a mí no. A mí me ha gustado igual".

Yo juré no volver a los *Golem* en lo que me quede de vida.